

no le gustaba la conversación de su compañero, el cual tenía la mala costumbre de despellar á sus jefes y decir horrores de la Administración pública, de la que él era uno de los peores funcionarios. Fué un día Salas á la calle de Jacometrezo, preguntó por su amigo, y supo que éste no vivía ya en la casa.

—¿Cómo se explica este cambio?—preguntó á Purilla, que había salido á abrir.—Habrá sido hoy mismo, pues él no ha dicho nada en la oficina.

—Hace pocos días—contestó la prudente muchacha;—y yo no sé decir más sino que se marchó, y ni recuerdo dónde vive ahora, aunque dejó las señas.

Creyó Salas que cuando Pío Cid nada le había dicho, tendría algún motivo para ello; y deseando enterarse, fué aquella misma noche al café donde se reunían algunos huéspedes de la casa, y allí cada cual le explicó la cosa á su modo, y ninguno favorable. Salas sacó en limpio que Pío Cid se había ido á vivir con varias mujeres, y que éstas no debían ser nada buenas; y al día siguiente llevó el cuento á la oficina, no con ánimo de dañar á su amigo, sino deseoso de aparecer enterado de una aventura picante, á la que él dió algún colorido de su propia cosecha, con el que Pío Cid podía pasar por un bajá turco de seis ó siete colas. Rodando la noticia, llegó á oídos de D. Eustaquio, el jefe del Negociado, que era una excelente persona, salvo su manía censu-

rable de meterse á arreglar vidas ajenas, y su exagerada devoción á la jerarquía administrativa. A D. Eustaquio aludía Pío Cid cuando habló de las fórmulas que algunas personas emplean para hablar con sus semejantes; y diciendo que eran veinte, se quedó corto, porque pasaban de cuarenta las fórmulas estudiadas por aquel hueco funcionario. A Pío Cid le recibía sentado, inclinando un poco la cabeza, y diciendo: «Hola, Sr. D. Pío; acérquese»; y quedaban aún ocho ó diez fórmulas por bajo, hasta la última, usada con los mozos de limpieza, que era sólo un ligero gruñido. Con la forma habitual recibió, pues, á Pío Cid un día, y después del «acérquese», le dijo que se sentara, que tenía que hablarle, y le habló así:

—Siento mucho mezclarme en asuntos que no son de mi incumbencia, en sentido estricto; pero como jefe de usted que soy, me juzgo obligado á llamarle la atención acerca de algún pormenor ó incorrección, ó no sé cómo llamarlo, de su vida, que indirectamente puede afectar á la consideración pública que debe merecer un empleado, no sólo por sí, sino que también por el cuerpo administrativo de que forma parte. Ha llegado á mis noticias, sin que yo lo pregunte, que usted vive..... no es fácil calificar cómo..... ¡amancebado! Esta es la palabra.....

Pío Cid se levantó con aire indiferente, y como si fuera á buscar algo que hubiera echa-

do de menos, salió del despacho, dejando á D. Eustaquio con la palabra en la boca. Fué á su mesa, recogió una cartera que tenía con algunos papeles particulares, se puso el sombrero, cogió el bastón bajo el brazo, y se marchó sin despedirse de sus compañeros, quienes se figuraron que saldría por encargo del jefe. Desde la oficina se encaminó á paso largo á la plaza del Ángel, donde vivía el diputado de su distrito, D. Romualdo Cañaveral, que aún no se había levantado, aunque ya era cerca de la una. Pasó Pío Cid al gabinete como amigo de confianza, y D. Romualdo le recibió, diciendo desde la alcoba:

—Llega usted con oportunidad, pues deseaba hablarle de lo mismo que usted vendrá á hablar conmigo probablemente. Siéntese, que voy á vestirme ahora mismo. ¡Qué vida endiablada lleva uno en este Madrid!..... Y usted tan perdido como siempre. Anoche hablamos de usted en Gobernación, porque le oí nombrar como candidato adicto. ¿Qué hay en esto?

—Pues hay—contestó Pío Cid,—que unos buenos amigos han querido meterme en ese berenjenal; pero yo no he aceptado. Por cierto que una de las razones que he tenido era mi amistad con usted. Ya que me sacaran diputado, me parecía lo más decente no salir como un pobre eunero; y para que yo fuera elegido en mi distrito había el inconveniente de que usted lo representa desde hace muchos

años, y de que usted es quizás la única persona á quien yo debo algún favor y á quien no puedo jugarle una mala pasada. Y entonces me dijeron que usted se había declarado adicto y que le iban á dar una senaduría vitalicia. Si es así, reciba usted mi enhorabuena, y conste que ni antes ni ahora he pensado meterme en elecciones ni como elector, ni como elegible.

—Pues hace usted mal, amigo Cid—replicó D. Romualdo;—hace usted muy mal. Precisamente deseaba hablarle á usted para que nos pusiéramos de acuerdo, porque tengo mucho interés en que luche usted como adicto y en que no prospere la candidatura del títere de mi primo Carlos, que se presenta de oposición.

—¿Y lo de la senaduría?—preguntó Pío Cid.

—Es cierto que estoy indicado—respondió D. Romualdo;—pero no canto victoria hasta que la combinación esté acordada. Usted debe luchar de acuerdo conmigo, y los dos juntos podríamos mandar mucha fuerza. ¿No es triste que un hombre como usted sirva en un empleo de última categoría?

—Ahora que habla usted del empleo—dijo Pío Cid,—le diré que del empleo venía justamente á hablarle. Lo pienso dejar porque tengo otras cosas á que atender, y quería pedirle á usted un nuevo favor, no para mí, sino para un amigo á quien aprecio.

—¿De qué se trata?—preguntó D. Romualdo.

—Se trata—contestó Pío Cid—de que usted, que es de la situación, pida al Ministro de Hacienda que en el puesto que yo dejo nombre á ese amigo mío, que es un joven muy recomendable. Mejor dicho, el nombramiento para mi puesto no puede ser, porque mi recomendado no tiene título, pero pueden ascender á otro que lo tenga y darle á usted una credencial de 6.000 reales, con lo cual mi amigo se dará por muy satisfecho.

—Casi, casi—dijo D. Romualdo,—me atrevo á decirle á usted que cuente con la credencial como si la tuviéramos en la mano. Póngame usted en un volante de esos que hay sobre la mesa el nombre de su amigo.

Mientras Pío Cid escribía el nombre de Pablo del Valle y los méritos que le recomendaban, D. Romualdo acababa de vestirse y asearse un poco, sin dejar de preguntar:

—Y ¿en qué se ocupa usted ahora que tiene que dejar el destino? ¿Es verdad que escribe usted en *El Eco*? ¿Conque, por fin, va usted á decidirse á probar fortuna en política?

Pío Cid contestaba á estas y otras preguntas sin fijarse en lo que contestaba; y, por último, se despidió, quedando en volver en la semana entrante, y en decidir entonces fijamente el partido que se había de tomar para la próxima elección, puesto que el ex diputado no quería dejar su distrito á merced de un pariente, que era su peor enemigo. Sin embargo, fué tan activo y puntual D. Romualdo, que

á los tres días escribió á Pío Cid diciéndole que estaba servido y remitiéndole la credencial á favor de Pablo del Valle. Éste estaba presente al llegar la carta, y se quedó como alhelado viendo su nombre en el Real nombramiento, sin comprender lo que aquello significaba, aunque su protector se lo explicó con gran claridad. Pero al fin sacó en limpio que tenía un destino de plantilla, de los más seguros de la Administración, y en el acto fué á desahogarse con Paca, á la que habló seriamente de casarse en cuanto fuera posible, puesto que ya contaba con un sueldo fijo para sostener las obligaciones domésticas. Aquella misma tarde vino Salas á visitar á Pío Cid y á decirle, de parte de D. Eustaquio, que al día siguiente asistiera irremisiblemente á la oficina, pues, de lo contrario, el Director le impondría una suspensión de empleo y sueldo.

—Desde que salí de la oficina sin despedirme, me suspendí yo solo de empleo y sueldo para toda mi vida—contestó Pío Cid.—Le ruego á usted que no me hable más de este asunto, y que mientras no necesite de mí me deje tranquilo en mi casa, sin acordarse más de que yo he sido empleado público.

No dejó Pablo del Valle de ir á llevar la buena nueva á Gandaria, y á decirle que ahora que Pío Cid estaba sin destino, sería más fácil decidirle á entrar en la contienda electoral. A la mañana siguiente se presentaron los dos, Sustantivo y Adjetivo, como les llamaba

Pío Cid, y tuvieron con éste una entrevista muy larga y digna de quedar aquí consignada.

—Pero ¿qué me dice usted, amigo Cid—entró preguntando Gandaria—de esa ocurrencia de darle un puntapié á su destino? Cualquiera diría que tiene usted para vivir de sus rentas. ¿Qué diablos va usted á hacer ahora para ganarse la manducatoria?

—Si una puerta se cierra, ciento se abren—contestó Pío Cid de buen humor.—A mí se me han abierto dos por lo pronto, y una es más grande que la de una catedral.

—¿Qué puertas son esas?—preguntó de nuevo Gandaria.

—Dos trabajos editoriales que me han salido el mismo día de ayer, entre cinco y seis de la tarde; uno de ellos, sin buscarlo. Mire usted este libro que está aquí abierto sobre la mesa.

—El Código civil—dijo Valle, viendo la impresión de las páginas abiertas.

—Pues bien—prosiguió Pío Cid;—estoy encargado de escribir un comentario filosófico é histórico comparado á cada uno de los artículos del Código, que son—añadió hojeándolo—1.976, sin contar las disposiciones transitorias. Ya voy por el artículo 7.º y llevo 23 cuartillas, y confío que el Código, con el comentario total, exigirá de quince á veinte volúmenes. Como que no me han puesto tasa, porque el género tiene ahora mucha salida, y en materia de jurisprudencia la cantidad mejora la calidad.

Ningún abogado se asusta de tener en su despacho un testero lleno de tomos bien empastados, que sirvan de adorno é inspiren respeto á los clientes, y yo estoy decidido á que mi Código comentado llene él solo una estantería, con lo cual nadie pierde nada y yo gano una porción de miles de pesetas.

—¡Es usted atroz, amigo Cid!—exclamó Gandaria.—Y lo que me maravilla no es que todo eso sea verdad, que lo será sin duda; lo asombroso es que se ponga usted en el acto á escribir sus comentarios como si no hubiera hecho otra cosa en su vida. A ver; va usted por el artículo 7.º..... ¿Qué comentario cabe aquí? «Si en las leyes se habla de meses, días ó noches, se entenderá que los meses son de treinta días; los días, de veinticuatro horas.....»

—Y las horas, de sesenta minutos—interrumpió Valle.

—¡No interrumpa usted!—exclamó Gandaria.—Lo que dice es: «..... los días de veinticuatro horas, y las noches, desde que se pone hasta que sale el sol». Y luego: «Si los meses se determinan por sus nombres, se computarán por los días que respectivamente tengan.» ¿Qué comentario va usted á poner aquí?

—Pues tengo materia para cuatro ó seis pliegos—contestó Pío Cid;—ahí cabe explicar casi un curso de cronología, aunque sea sólo para señalar las diferencias entre el mes legal, el civil y el lunar, con la historia de cada uno

de los meses y las reformas juliana y gregoriana. Y, aparte de esto, hay un punto rigurosamente jurídico. El Código se sirve del año natural, computándolo por doce meses, y luego preceptúa que el mes legal tenga treinta días, un término convencional, puesto que hay meses con más días y con menos. Hay, pues, un año legal con trescientos sesenta y cinco días, y los bisiestos trescientos sesenta y seis; y otro año legal con trescientos sesenta días, sumando los doce meses á treinta. Usted creerá que la contradicción no tiene importancia; pero en las leyes una anomalía es un semillero de pleitos.....

—Y ¿qué iba á hacer el legislador?—interrumpió Gandaria.

—Nada más fácil—contestó Pío Cid—que suprimir los meses como medida de tiempo, del mismo modo que están suprimidas las semanas. Con dejar como unidades fijas el día y el año, que se refieren á los movimientos del sol, bastaba; la luna es un satélite de marcha irregular, y no debe servir para los cálculos legales. Sin contar con que tampoco se demuestran simpatías por el astro de la noche, puesto que el mes legal no es el lunar, sino una menos que duodécima parte del año. En suma, á mí no me importa esta cuestión, pero voy á pedir en mi comentario la supresión del mes como medida cronológico-legal, y para justificar mi petición escribiré los cuatro ó seis pliegos que he dicho.

—Es usted el diablo en persona—dijo Gandaria.—Con esa vista que Dios le ha dado á usted, claro está que es usted capaz de comentar hasta el vuelo de una mosca.

—¿Y el otro trabajo editorial?—preguntó Valle.

—El otro es cosa corta; pero representa cien duros contantes y sonantes dentro de un mes, que tardaré en entregarlo. Para éste, cuento con usted.

—Pero ¿de qué se trata?—interrumpió Gandaria.

—Una obrita que se me ocurrió ayer mismo, y para la que hallé editor al instante, porque es un libro de venta. Se titula *El Médico de los pobres: consejos prácticos y recetas útiles para la curación de las pequeñas dolencias que no exigen la asistencia facultativa*.

—Y eso, ¿cómo va usted á componerlo?—preguntó Gandaria casi espantado.

—Es lo más fácil del mundo—contestó Pío Cid.—Es más obra de tijera que de pluma, porque la mayor parte de esos consejos y de esas recetas están en libros impresos; lo único original será la manera de elegir y de ordenar los materiales y la claridad en la redacción, á fin de que hasta la gente más torpe comprenda y pueda utilizar el librito. En esta clase de obras ocurre como con los diccionarios: la mejor es la última, porque se tiene á la vista las anteriores. Exponiendo la doctrina en forma diferente, no hay peligro

de que se nos acuse de imitación ni plagio, pues este saber vulgar y práctico es, como los idiomas, el tesoro de la humanidad entera, y á todos nos pertenece y todos podemos servirnos de él en provecho propio ó de la comunidad.

—Mucho me alegra—dijo Gandaria—verle á usted tan metido en labor, aunque por otra parte lo sienta, puesto que ahora no podrá usted perder el tiempo en los coloquios agradables á que me había usted acostumbrado. Sin ir más lejos, hoy venía á consultar á usted sobre un asunto que me interesa mucho; pero lo primero es lo primero: lo dejaré para mejor ocasión.

—Ese es un exceso de precaución—replicó Pío Cid,—pues yo no pienso dedicar á estos trabajos más que las horas que antes perdía en la oficina, y lo mismo me da escribir por la mañana que por la noche. Cuando entre en el comentario histórico tendré que molestar-me algo; pero ahora voy á escribir de un tirón el filosófico, que es cosa de coser y cantar. Así, pues, desembuche usted lo que traiga sin reparos, pues le agradezco que me saque un rato de mis inútiles filosofías.

—Son unos versos que trae—dijo Valle,—de los que está componiendo para el tomo proyectado.

—Ya ve usted—agregó Gandaria—que no echo en saco roto sus consejos. Los versos son malos, pero la culpa no es mía, sino de usted,

que se ha empeñado en que yo sea poeta.

—Y lo será usted, y bueno—afirmó Pío Cid con aire de autoridad.—Crea usted lo que le dice un perro viejo y de buen olfato, como lo tengo yo, aunque me esté mal el decirlo. A ver—añadió, tomando los versos que Gandaria le alargaba, y que estaban escritos en finísima vitela.

Y sin detenerse un segundo leyó los versos, con señales de gran complacencia, por el mismo orden en que Gandaria los había colocado. Cuando los hubo leído, separó las dos primeras hojas, diciendo:

—Estos los rompe usted, no porque sean malos, sino porque tienen más sensualidad que sentimiento. Cuando se funde el hierro en el horno, sale hierro líquido, que es el que sirve para echarlo en los moldes, y sale también alguna escoria, que hay que tirarla porque no tiene aplicación; y en todos los trabajos de los hombres hay también una parte de escoria, de la que no se debe hacer caso, sino pensar que sin ella no habría quizás obras libres de impureza. El soneto «A Lola» no está mal compuesto; pero cuando se llega al terceto final, donde el orgiasta se emociona viendo el relicario en el seno desnudo de la prostituta, es ya tarde para que se borre la impresión brutal que producen los otros once versos, que dejan chiquito á Espronceda, en la canción «A Jarifa», que, ó mucho me equivoco, ó le ha servido á usted de modelo.

—Así es, y él mismo me lo ha dicho—interrumpió Valle.

—La poesía en tercetos, cuyo título, «El beso eterno», es precioso, es una renovación original del episodio de Paolo y Francesca; y si los amantes salieran volando desde el principio á fundirse en el espacio y formar la estrella nueva del amor, no habría nada que decir; pero la descripción del baile es obscena á más no poder, y de una obscenidad elegante y refinada, de salón, que á ratos es repulsiva. No crea usted, sin embargo, que al romperlos se pierde lo bueno que hay en esas composiciones; lo bueno siempre queda, y yo le aseguro que en otras poesías reaparecerá lo que hoy destruye usted, y reaparecerá purificado y limpio de los lunares que lo afean. En cuanto á la tercera composición—continuó Pío Cid, mientras Gandaria guardaba las otras y le escuchaba sin parpadear,—tiene defectos; pero está inspirada en sentimientos más nobles. Aquí ya las sensaciones están más espiritualizadas, son más humanas, puesto que lo humano no es lo sensual ni lo corpóreo, sino la fusión de esto y de lo espiritual, la vena de sentimiento puro, sin escoria, del que sacamos nuestras mayores creaciones. Al decir esto iba releiendo la composición, que era como sigue:

SERENATA

Oye, cautiva de amor,
la canción de un trovador

que, al suave son del laúd,
viene á calmar tu dolor
de la noche en la quietud.

Yo soy un cantor errante
que voy buscando anhelante
á una mujer ideal
que en mi alma brilla radiante
como visión celestial.

Yo la llamo con pasión
y le cuento mi afición;
mas ella de mí se esconde,
y á mi doliente canción
la ingrata nunca responde.

Mi cantar no es muy pulido,
pues mi arte no es aprendido;
canto desde que nací;
yo para amar he nacido,
y mi amor canta por mí.

Yo vivo en la soledad,
y mi vida es la ansiedad
de una muerte noble y bella
que á mi amada dé piedad
viendo que muero por ella.

Sigo el correr silencioso
de los ríos, y amoroso
va flotando mi soñar
hasta que encuentra reposo
en las orillas del mar.

Allí el oleaje le mece
y mi pena se adormece,
y, en lo infinito pensando,
mi dulce amor me parece
que oculta me está mirando.

Cautiva que, abandonada
en esta torre apartada,

velas, oye al poeta errante:
tú eres la visión amada
que busco siempre anhelante.

Aún no he visto tu figura,
mas, temblando, me asegura
mi corazón dolorido,
que tú eres la imagen pura
que soñé, de amor herido.

Dicen que un moro salvaje
te condujo á este paraje
para domar tus desdenes,
y que tú pagas su ultraje
con el amor que le tienes.

Mas yo en este amor no creo;
y pues cautiva te veo
en esta torre, velando,
se imagina mi deseo
que en ser libre estás soñando.

Yo por ti combatiré,
y libertad te daré:
soy un triste trovador,
mas si tú me das la fe,
tu fe me dará valor.

Quisiera que me miraras
aunque al mirar me mataras;
pero es tan triste la suerte
que implacable me deparas,
que sin mirar me das muerte.....

¡Ah! ¿No escuchas mis clamores?
¿Serán ciertos tus amores?
De tu imagen soberana
los suäves resplandores
se asoman á tu ventana.

Mas tú asomarte no quieres.
¡Cuán ingrata y dura eres!

Quizás mi voz te importuna,
y antes que oirme, prefieres
soñar mirando á la luna.

Ó quizás mi amor desdeñas.
No porque lánguida sueñas
viendo la luna en el cielo;
que eres dura cual las peñas
y es tu corazón de hielo.

¡Monstruo horrible de dureza!
De la tierra la aspereza
tienes, la traición del mar,
y del cielo la belleza,
y del infierno el mirar.

Huyo de ti y sigo errante.
Beldad que brillas radiante
y no tienes corazón,
¡salud! aún voy anhelante
tras mi adorada visión.

—No me voy á fijar—dijo Pío Cid cuando acabó de leer—en defectos pequeños que el tiempo corregirá. El ropaje poético de un poeta incipiente es como el vestido de un niño que está creciendo. Bien ó mal hecho, no tarda en quedarse corto. Cuando usted esté completamente formado, ni sus sentimientos serán los que aquí aparecen, ni seguirá escribiendo quintillas. Estas las ha compuesto usted porque la forma arromanzada le parecería demasiado vulgar y no acertaría con una rima nueva á su gusto. Entre ambos extremos eligió usted un término medio para salir del paso; pero de seguro su forma personal de expresión no será ésta, y habrá que esperar á

que se forme. También le censuraría á usted la pobreza de epítetos, y haría mal, porque usted tiene gran imaginación, y si no le da vuelo es porque todavía no sabe versificar con soltura. Más vale que sea usted al principio seco y prosaico, porque el defecto más difícil de corregir en un poeta es el furor descriptivo, con el que las más veces se suple la falta de idea y sentimiento. Bueno es que el poeta tenga vista y oído; pero antes debe tener cerebro y corazón. En lo que yo voy á hacer hincapié es en el error grande en que usted ha caído al intentar infundir á un trovador sentimientos modernos, convirtiéndole en un personaje de carnaval. Si usted es amante de las leyendas, puede ser poeta legendario, pero á condición de conocer muy bien la Historia, para que sus poesías tengan carácter de época. Más plausible, más fácil me parece expresar sentimientos propios, cuando se tienen, y esto es lo que debe usted hacer y lo que ha hecho realmente, aunque se haya disfrazado de trovador.

—Pero ¿cree usted—preguntó Gandaria—que los sentimientos del hombre varían tanto que un trovador no puede sentir como yo siento ahora?

—Tanto varían—contestó Pío Cid—como el traje, aunque éste parezca depender del capricho y aquéllos de la Naturaleza. Un trovador que vaga errante y famélico no puede dirigir á su amada una canción en la que hay

dejos irónicos á lo Heine; el trovador, por grandes que sean sus desilusiones, ha de tener fe en algo, por lo menos en el amor y la poesía, puesto que por ellos arrastra su vida miserable; sin esta fe se dedicaría á un oficio prosaico que le asegurase los medios de vivir decentemente, y dejaría los versos para entretenir los ratos de ocio. Así, pues, el trovador ama y no bromea con su amor, y si su amada le desdeña, ¿sabe usted lo que hará? Echarle la culpa al carcelero que la tiene guardada con llaves y cerrojos, ó al celoso marido que la espía y no la deja respirar. Porque el amante desdeñado por una mujer enamorada de otro corre gravísimo riesgo de quedar en ridículo, y por instinto se defiende, atribuyendo el desdén de la amada á la iniquidad de los que la rodean. Pero en nuestro tiempo, al cambiar la condición de la mujer, estos recursos ya no tienen fuerza. Ya no hay castillos ni prisiones, y una mujer enamorada puede ponerse de acuerdo con su amante y aun escaparse con él, así la guarden el más ridículo D. Bartolo ó el más furibundo Otelo. El amante desdeñado no tiene ahora otra salida que reirse él mismo de su amor no correspondido, para que esta burla del propio sufrimiento inspire al espectador algún sentimiento de benevolencia. Este amor irónico, que ya no es ciego del todo, como lo pintan los clásicos, sino que entra en el combate con un ojo tapado y otro al descubierto, como los caballos

en la suerte de varas, es un amor que los trovadores no conocieron por su dicha; es una creación moderna, un engendro de la libertad y de la indiferencia. «Me han irritado y torturado cuanto han podido, los unos con su amor, los otros con su odio.....; pero la que más me ha torturado é irritado y martirizado, nunca me tuvo odio y nunca me tuvo amor.» Esto lo ha dicho Heine y lo han repetido en mil formas cuantos han sufrido el dolor más hondo de nuestro tiempo, el que nace de la manía diabólica de analizar los sentimientos y despreciarlos cuando nos afligen, para que nadie se ría de nuestra aflicción. Algo de esto hay en el trovador de su serenata. Al principio parece un trovador de verdad, y yo esperaba que concluyera maldiciendo las prisiones donde yace la cautiva y lamentándose contra el tirano que la guarda. Pero de repente salta usted á nuestra época y da usted ciertos toques humoristas y melancólicos, que son lo más acertado de la composición, pero que no concuerdan con lo que precede. ¿Se figura usted que es caballeroso obsequiar con una tan larga serenata á una pobre prisionera, y decirle las lindezas que usted le dice para despedida? Esas cosas se le pueden decir á una mujer sin corazón, á una fría coquetuela que se complace en martirizar á sus adoradores, pero no á una cautiva, que por falta de libertad no es responsable del mal que sufran los que la aman. Así, pues, el temor del ri-

dículo es el que le ha hecho á usted torcer el rumbo de la poesía, y en la equivocación demuestra usted que su espíritu es capaz de sentir el nuevo amor.

—Usted me dispensará—dijo Valle,—pero yo no veo tan claro que un amante desdenado tenga que ser ridículo por fuerza. Lo mejor de Becquer nos haría entonces reír.

—Esto iba yo también á hacer notar—añadió Gandaria, deseando darse aire de conocedor de los poetas modernos, sin excluir los decadentes.—Mil ejemplos podría citarle, pero el más terminante es el de Verlaine, cuya poesía está casi totalmente inspirada por el sufrimiento de amor sin correspondencia.

—Ninguno de estos poetas—replicó Pío Cid—tiene nada que ver con el trovador de nuestra serenata. Ustedes confunden al amante engañado, y quizás herido á traición, con el que no es correspondido y no tiene, si vamos á examinar la cosa de cerca, ni derecho á quejarse. Pongan ustedes de un lado á dos amantes, ó marido y mujer enamorados, que para el caso es lo mismo, y del otro á un pretendiente importuno que llora sus amores viendo á los amantes dichosos. Los amantes hablan de su ventura, mirándose el uno en los ojos del otro; oyen de repente el son del laúd del trovador que viene á dar la serenata, y para que no les moleste esta música indiscreta cierran la ventana ó balcón del aposento y dejan al poeta que cante hasta que se

desgañite. Aunque este poeta fuese el mismo Homero en persona, yo les aseguro que cuantos presenciaran la escena descrita se reirían de él, y luego le tendrían lástima. Hay en nuestro espíritu cierta ponderación natural que instintivamente descubre la cantidad de fuerza que hay en cada amor, no por lo que ame un amante solo, sino por el amor total que ambos amantes se tienen. Si el trovador ama él solo, su amor, por grande que sea, no puede contrabalancear el que nace de un afecto correspondido entre un hombre y una mujer; y aunque éstos sean tontos de remate, el público no se reirá de ellos, porque representan un organismo apto para la creación de nuevos seres, un valor útil, contra el que toda burla se embotará. En cambio, el que ama sin que le hagan caso podrá crear obras espirituales, sublimes, pero personalmente está expuesto á que se le rían en la cara. Esta tristísima situación no tiene nada que ver, les repito á ustedes, con la del marido ó amante engañados. Invirtamos los términos y pongamos de un lado la mujer infiel y su amante, y del otro el amante burlado. Este no vendrá á cantar trovas debajo de las rejas de su amada, sino que se presentará violentamente y dará lugar á una escena trágica. Aquí los amores opuestos pueden sostener el choque, porque el que ahora no es correspondido lo fué antes, y ambos tienen, como si dijéramos, reconocida la beligerancia. Y si el que tiene derecho á lu-

char por su amor no lucha y se conforma con lamentaciones melancólicas, desempeña un papel poco lucido; porque es tan egoísta por naturaleza el amor humano, es decir, el doble afecto del hombre y la mujer, que cuando ha existido, aunque sea un instante, está condenado á luchar por su conservación. Nos reíamos del trovador que turbaba con sus importunas canciones los coloquios de la pareja enamorada, y pedimos al amante burlado que turbe, aunque sea con un puñal, la dicha de sus burladores. La calma, la resignación en estos casos, no nos parecerá humanidad, sino cobardía. Un hombre enamorado de verdad es un héroe por fuerza. Pero sería el cuento de nunca acabar si hubiéramos de agotar este tema. Lo que le recomiendo á usted principalmente, amigo Gandaria, es que en adelante, cuando componga nuevas poesías, fije antes el motivo poético en sus rasgos más salientes, del mismo modo que los pintores habrá usted visto que no comienzan á pintar, sino que antes dibujan, y aun antes de dibujar suelen trazar varias líneas que marcan las distancias ó posiciones de las figuras. Para tocar bien hay que templar el instrumento, y para escribir bellas poesías hay que templar el espíritu con arreglo á un diapasón, ó sea á un motivo poético. Si se lanza usted á componer á la ventura, la poesía saldrá desequilibrada, y á veces, por exigencias del consonante, concluirá diciendo algo que no tiene relación con el principio.....

—Yo creo, D. Pío, que usted peca por exceso de crítica—dijo Valle, que deseaba justificar en algún modo el aplauso que había tributado á los versos de Gandaria.—Si esos versos se publicaran, no habría nadie que los censurara por los motivos que usted dice. Por esto yo he aconsejado á nuestro amigo que los retoque, sin quitar ni poner nada esencial; y yo le aseguro á usted que la crítica no hallará dónde hincar el diente.

—Dejemos á un lado la crítica de oficio—dijo Pío Cid.—El mejor crítico es un amigo imparcial y desinteresado: amigo, para que vea la obra con amor, sin ánimo de lucir su ingenio, estropeándola por decir algún chiste ó frase espiritual á costa de ella; imparcial y desinteresado, para que no oculte la verdad, para que señale las faltas que note, que cuando las notó mirando con ojos amigos, faltas son y no hay que darle más vueltas. No creo que ningún poeta verdadero aspire á pasar sin que le hincen el diente; aspira á ser poeta, aunque la crítica le maltrate, y á ser un gran poeta, aunque el público le insulte.....

—Eso es cierto—interrumpió Gandaria;—yo le juro que no me mueve la vanagloria vulgar, y que si me dedico á escribir versos no es para que me los aplaudan, sino para ver si soy poeta de verdad, como usted me lo ha asegurado. Así, cuanto más severa sea la crítica más me satisface, estando aquí, como estamos, entre amigos. Pero lo que yo no

comprendo es su idea del motivo poético. ¿Es un borrador, un boceto, un apunte, ó qué?

—Es la impresión madre, delineada en cuatro rasgos; hay impresiones que en determinados espíritus producen una gran germinación intelectual y sentimental; el motivo poético es una de estas impresiones, recogida antes que se mezele y se confunda con las ideas y sentimientos que de ella arrancan. Si usted no fija el motivo, la impresión primera se pierde, y antes de terminar la poesía se ve usted perdido, y sin darse cuenta echa mano de una idea secundaria, que se convierte en motivo céntrico, rompiendo la unidad de la composición, como ha visto usted en la serenata. Si quiere usted, yo le daré ochocientos motivos, aunque lo mejor es que usted componga los suyos sobre impresiones propias; pero para explicarle mi idea ahora mismo, vea usted qué fácil es el procedimiento. Usted está enamorado, como el trovador de la serenata, y como él, sufre y llora porque la mujer amada no contesta á sus lamentaciones á causa de que está enamoradísima de otro galán, que puede ser su propio marido, para mayor moralidad de la historia; pero usted no es un trovador, es un hombre de nuestro siglo y sabe que el amor, por grande que fuera, tiene mucho de comedia. Así, pues, usted no pierde la cabeza en medio de sus más locos arrebatos, y á veces comprende que está cometiendo grandes tonterías. En tal estado

de espíritu, que no deja de ser original, las impresiones corrientes, que antes no le hacían mella, ahora le dejan extrañas resonancias, manantial de fresca y sana poesía. Ve usted, por ejemplo, á su amada soltar un pajarillo que tiene encerrado en una jaula, y le hiere esta bondad para los pájaros, que contrasta con los desdenes de que usted es víctima. Y dando vueltas la impresión, se forma un motivo poético, que fija usted en estos rasgos.....

Pío Cid cogió la pluma y un pedazo de papel, y escribió:

Yo he conocido á una mujer extraña
De tan cruel bondad,
Que tenía un canario en una jaula
Y le dió libertad.....
Mas antes le cortó al triste las alas.
¡De oro parecen tus cabellos rubios,
Oh mujer inhumana!
Y el corazón como el acero es duro,
Y el alma..... ¿tienes alma?

—Aquí tiene usted un motivo poético—prosiguió Pío Cid,— del que, ahondando, sale una poesía. El motivo poético no debe estar escrito en prosa, pero tampoco en versos regulares, á menos que no salga así espontáneamente. Es una impresión pura y espontánea, que á veces queda fuera de la poesía que se va á componer. ¿No ha visto usted á los canteros trasladar grandes piedras valiéndose de rodillos, palanquetas y cuñas? Y luego que la piedra está colocada en su sitio, ¿no ha visto

usted que todos esos útiles auxiliares quedan tirados por los suelos como si no sirvieran para nada? Pues esto mismo le ocurre al motivo poético, sobre el cual debe girar ó rodar la composición hasta que esté rematada ó perfecta. Usted no se hace cargo del mecanismo obscuro de sus propias creaciones; pero siga mi consejo, y quizás un día se sorprenda usted viendo que de un motivo de esos, fijado con claridad, surge de repente, por elaboración interna, desconocida de usted mismo, una verdadera poesía; es decir, una vibración clara y sonora del espíritu. La única condición que requiere el motivo poético es la legitimidad de la impresión. Por ejemplo: el género de malicia que yo atribuyo á la mujer extraña, es propio de una mujer rubia; la malicia de una morena tendría otro carácter, y el motivo poético debería ser diferente. Sin salir del reino de las aves, vea usted otro motivo:

Jugando con la trenza de su cabello negro,
Mi amada me pregunta con acento meloso:
—¿Qué pájaro, de todos, te parece el más bello?
Yo la miro, y respondo:
—Estoy criando un cuervo
Que me saque los ojos.

—Lo de que los cuervos sacan los ojos á quien los cría, es vulgar y falso; pero á nosotros esto no nos importa si la impresión es plástica y sugestiva, porque probablemente en

la poesía que de aquí saliera no subsistiría la comparación que constituye el motivo.

—Hombre—interrumpió Gandaria cayendo en el lazo,—voy á ver si saco de ahí esa poesía, y si el sistema de componer que usted me recomienda me da tan buenos resultados como á usted mismo. ¿Quiere usted darme este motivo de los cuervos?

—Tómelo usted—contestó Pío Cid;—y conste que el sistema á mí no me da buenos resultados porque yo no lo empleo; ni soy poeta, ni lo quiero ser.

—Pues usted escribe versos—replicó Gandaria.

—Pero los escribo al azar, sin componerlos—dijo Pío Cid,—sólo para que sirvan á Candelita de motivos para las melodías que compone. Y casi nunca paso de la primera impresión, porque no tengo paciencia para sacarle la substancia. Alguna que otra vez me ha ocurrido pensar naturalmente en verso y escribir después lo que he pensado, y éstas son mis poesías.

—Vamos á irnos—dijo Gandaria levantándose y metiéndose los varios papeles en su cartera—y á dejarle á usted en paz; porque si no, usted es tan amable que perdería por nuestra culpa todo el día y aun la noche. Sin embargo, tengo mis motivos de queja contra usted—añadió insinuando el motivo, no poético, sino electoral, de que otras veces había tratado.—Papá, que le ha tomado una gran simpa-

tía, me ha dicho hoy que pensaba invitarle á una comida, á la que asistirá D. Bartolomé de la Cuadra, para presentar á usted y prepararle el terreno.....; pero yo le aseguro que estoy avergonzado de haber hablado por usted, puesto que tan en poco estima los buenos deseos de sus amigos.

—Voy á sorprenderle á usted—contestó Pío Cid—diciéndole que he cambiado de opinión y que ahora no tengo reparo en correr la aventura política que tanto le interesa. Amor con amor se paga, y ya que usted escribe versos por complacerme, yo seré candidato por complacerle á usted.

—Pero ¿cómo se explica—preguntó Gandaria—esa súbita mudanza? ¿Habla usted con formalidad?

—Hablo con toda la seriedad de que soy capaz—respondió Pío Cid,—y la explicación de mi conducta es muy sencilla. Deseo darle gusto á usted y al ex diputado por mi distrito, á quien debo algunos favores, el último el nombramiento de usted (dirigiéndose á Valle). No me gusta buscar las cosas, pero cuando ellas se presentan buenamente no es justo desdenarlas, pues ¿quién sabe lo que podrá dar de sí este asunto, si cuaja?

—Delo usted por hecho, y no hablemos más—afirmó gravemente Gandaria, despidiéndose.—Pronto volveré, quizás hoy mismo. Hasta luego.

Se fueron él y Valle, quedando Pío Cid ca-

viloso con la determinación repentina que había tomado, la cual tenía, además de los motivos que dió, otro más poderoso, que era el deseo que de pronto había sentido de ir á Granada y á Aldamar con el pretexto de la elección.

Tuvo lugar la comida anunciada por Gandaria, y en ella quedaron concertados Pío Cid y el ministro D. Bartolomé de la Cuadra para celebrar una entrevista y hablar despacio del asunto; y la primera impresión fué satisfactoria, porque á otro día, por la tarde, vino Gandaria y entró en la sala diciendo:

—Amigo Cid, la cosa está decidida. Don Bartolomé es un hombre muy grave, que no se precipita nunca, y por esto ha dicho lo de la entrevista; pero papá habló después con él, y me asegura que tiene usted su apoyo. Y basta que D. Bartolomé, que es hombre de pocos compromisos, diga una palabra al de Gobernación, para que sea usted de los indiscutibles..... Pero no le encuentro á usted trabajando y está usted muy pensativo: ¿ha ocurrido alguna novedad?

—Sí, ha ocurrido — contestó Pío Cid. — Anoche cuando volví de la casa de usted, hallé una carta de ese joven llamado Benito, que vió usted aquí una noche, en la que me decía que, aunque era domingo, no venía porque en su casa había entrado la viruela espada en mano, hasta el punto de que en pocos días ha muerto la chiquilla de la patrona, y á la

criada la han tenido que llevar al hospital. Ahora mismo vengo de allí, de hablar con la pobre Purilla; está fuera de peligro, y lo que me ha impresionado no es verla enferma, sino oírla discurrir como ha discurredo y mostrar la belleza de alma que ha mostrado.

—Deseche usted esos pensamientos—dijo Gandaria, algo inquieto al saber que Pío Cid había estado entre enfermos contagiosos;—yo no me juzgo cobarde, pero no me atrevería á ir á un hospital por nada del mundo; no es aprensión, es que me da miedo de ver cuadros de dolor y de miseria.

—Eso es como todo—replicó Pío Cid;—hay que acostumbrarse. Cuando yo estudiaba leyes concurría á las salas de autopsia; y no ha mucho, cuando vivía en la casa de huéspedes, acompañaba á los estudiantes de Medicina siempre que había anunciada alguna operación quirúrgica notable. ¿No sufre usted en un teatro cuando los actores representan bien una dolorosa tragedia, y después se va usted á la calle celebrando el talento de los actores y sin acordarse del mal rato que le han hecho pasar? ¿No hay quien ve en los toros un espectáculo artístico, mientras el que sólo percibe el lado brutal cree asistir á escenas de matadero? Pues en los hospitales, cementerios y demás lugares que el vulgo considera tristes, lúgubres, repulsivos ú horripilantes, hay mucha belleza natural y artística, que ese vulgo no conoce porque no quiere llegar al

goce por el dolor, ni siquiera por el dolor teatral, fingido, puesto que ya ve usted que la tragedia y el drama van de capa caída y que el público lo que desea es reír mecánica y tontamente. ¡Pobre gentecilla, que ignora que el sufrimiento llena la mayor parte de la vida, y que huye de la vida por huir del sufrimiento, y se contenta con hacer una agradable digestión de lo bueno ó malo que come! No sea usted así, amigo Gandaria, y tenga entendido que el hombre más grande es el que comprende más y ejecuta mejor. «Yo no sería capaz de hacer eso», es lo más triste que puede decir un hombre. No lo diga usted nunca.

—Está usted hoy mal encarado—dijo Gandaria;—voy á procurar distraerle con una poesía que he compuesto sobre el motivo de los cuervos. Á ver si la encuentra mala ó menos mala, porque buena no lo espero.

Pío Cid cogió el papel, y leyó en voz baja:

EL CAZADOR HERIDO

—Cazador que vas al bosque
De los cuervos,
Ten cuidado que, en los árboles,
Traicionero,
Se oculta el rey de la banda
Al acecho,
Para sacarte los ojos,
Con su pico corvo y negro.

* * *

—Cazador que fuiste al bosque
De los cuervos,
Fuiste alegre y vuelves triste
Como un muerto....

—Miróme una mujer pérfida,
Sonriendo,
Y me sacó el corazón
Prendido en sus ojos negros.

* * *

—Una mujer más traidora
Que los cuervos,
Me ha robado el corazón
Sonriendo.
Por eso vuelvo tan triste
Como un muerto;
Que, aunque no se ve mi herida,
Traigo la muerte en el pecho.

—Esto es mejor que la serenata—dijo Pío Cid al terminar;—y aunque la forma ande aún cojeando, el sentimiento está dominado y graduado con maestría. Ahora mismo estoy yo contento, como la madre que ve por primera vez al hijo que acaba de parir. El poeta ha nacido, y aunque todavía esté en pañales, con el tiempo crecerá.

—Pero dígame usted—preguntó Gandaria, ¿habla usted sinceramente, con el corazón en la mano, cuando me asegura que yo tengo facultades de poeta? Yo he seguido la broma, como quien dice, pero tengo mis dudas; ¿no he de tenerlas? Escribir versos, mejores ó peores, no digo que no; esto no tiene importancia. Lo